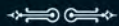


EL CORAZÓN
DELATOR





que haber visto. ¡Si hubieran podido ver con qué prudencia procedí, con qué cuidado, con qué previsión, con qué disimulo me puse a trabajar! Jamás había sido tan amable con el viejo como durante la semana antes de matarlo. Y todas las noches, cerca de la medianoche, giraba el picaporte de su puerta y la abría, ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo suficientemente grande como para pasar la cabeza, aproximaba un farol oscuro, completamente cerrado, para que no se escapara ningún rayo luz, y a través de la puerta pasaba la cabeza. ¡Oh, se hubiesen reído al ver con que astucia pasaba la cabeza! La movía lentamente, muy, muy lentamente para no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora introducir la cabeza dentro de la abertura para verlo tendido en la cama. ¡Hey! ¿Creen que un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y luego, cuando tenía la cabeza completamente dentro de la habitación, abría el farol cuidadosamente, oh, ¡tan cuidadosamente! Si, cuidadosamente ya que crujían las bisagras, lo iba abriendo de a poco de manera tal que un único rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas



Permanecí inmóvil, sin decir ni una palabra. Durante una hora no moví ni un solo músculo y en todo ese tiempo no oí que volviera a acostarse en la cama. Seguía sentado en la cama, escuchando...tal como yo lo había hecho noche tras noche, mientras escuchaba a los escarabajos necrófagos en la pared.

De pronto oí un leve quejido, y supe que se trataba del quejido que proviene del terror mortal. No era un quejido ni de dolor ni de pena, ¡oh, no! Era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando ésta se encuentra sumida en el espanto. Conocía bien ese sonido. Muchas noches, a las doce en punto, cuando todo el mundo duerme, los terrores que me enloquecían brotaban de mi pecho, penetrando con su propio eco. Ya dije que los conocía bien. Sabía lo que el viejo sentía y me dio pena, aunque en el fondo de mi corazón me reía. Sabía que había estado despierto desde que escuchó el primer ruido, cuando se movió en la cama. Sus miedos crecieron desde aquel momento. Había estado tratando de minimizarlos, pero no podía sacárselos de encima. Se decía a sí mismo: “Es solo el viento en la chimenea; es solo un ratón cruzando por el piso”;



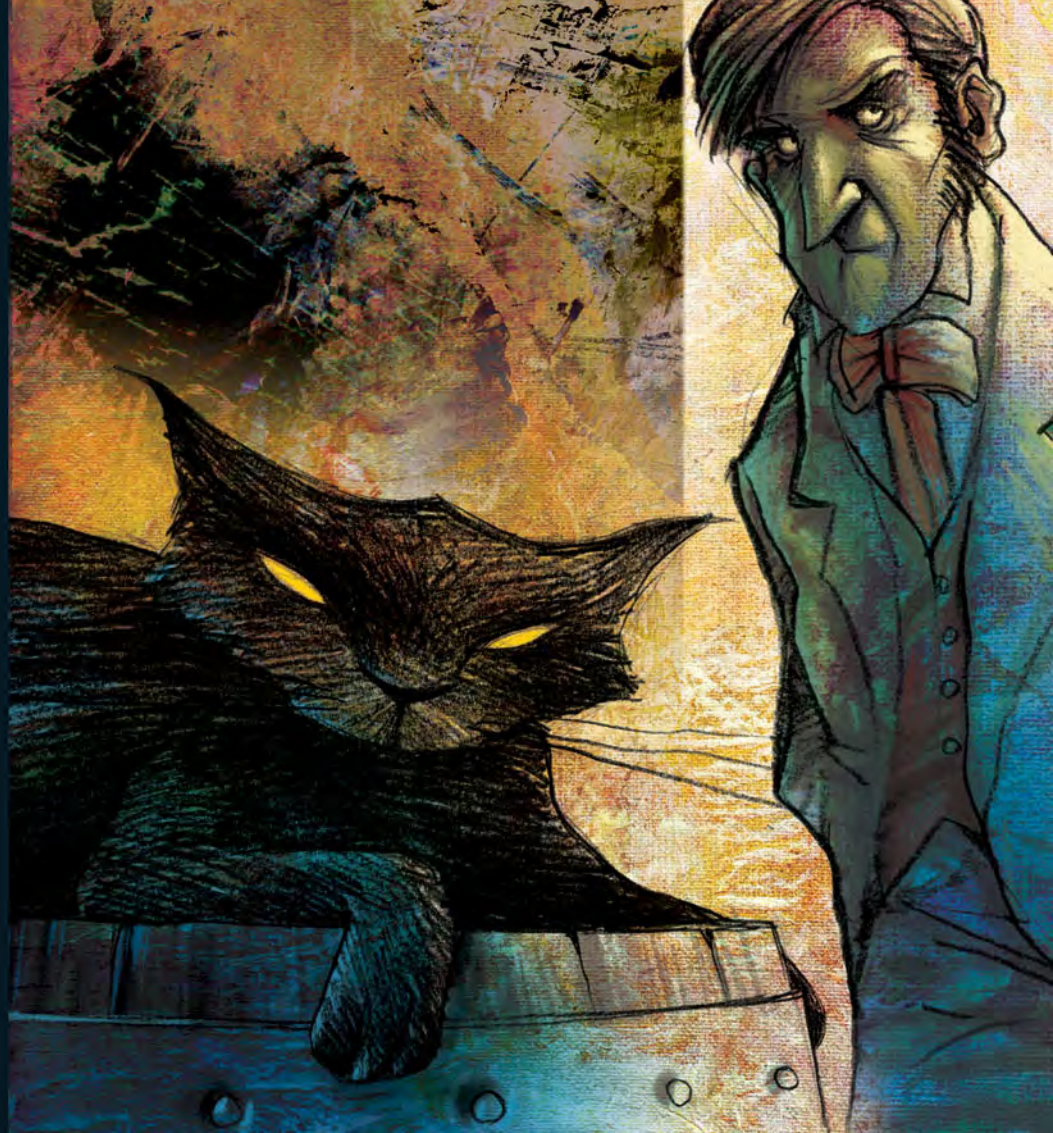
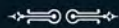


cotidianos. Pero luego de un rato, empecé a ponerme pálido y quería que se marcharan. Me dolía la cabeza y sentía un zumbido en los oídos; pero ellos continuaban sentados y charlando. El zumbido era ahora más definido; persistía y se volvía cada vez más definido. Hablé en una voz más clara para liberarme de esa sensación: pero continuaba y ganaba cada vez más precisión...hasta que finalmente me di cuenta de que aquel sonido no provenía del interior de mis oídos

Sin duda me puse muy pálido; pero seguí hablando con fluidez y soltura. Sin embargo, el sonido aumentaba...¿y qué podía hacer yo? Se trataba de un sonido apagado pero ligero, como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Yo respiraba fatigado, tratando de recobrar el aliento y, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé con mayor rapidez, con vehemencia, pero el sonido seguía aumentando. Me puse de pie y discutí sobre insignificancias en un tono alto y con violentas gesticulaciones, pero el sonido seguía aumentando. ¿Por qué



EL GATO
NEGRO





riedad de mascotas. Pasaba la mayor parte del tiempo con ellas y nunca era tan feliz como cuando las acariciaba y las cuidaba. Esta particularidad de carácter crecía a medida que me desarrollaba y, en mi adultez, se convirtió en una de mis principales fuentes de placer. A aquellos que han apreciado el afecto de un perro fiel y astuto, no necesito explicarles la naturaleza o la intensidad de la gratificación que de allí se desprende. Existe algo en el amor desinteresado y abnegado de un animal, que va directamente al corazón de quien en frecuentes ocasiones probó la amistad mezquina y la fidelidad voluble del hombre.

Me casé joven y fui feliz de hallar en mi esposa una disposición que congeniaba con la mía. Ante mi debilidad por las mascotas, no perdía oportunidad de procurarme las mejores especies. Teníamos pájaros, peccitos, un perro de raza, conejos, un mono pequeño y un gato.

Este último era un animal sorprendentemente grande y hermoso, completamente negro y extremadamente astuto. Con respecto a su inteligencia, mi esposa, que no era muy supersticiosa, hacía alusiones frecuentes a la antigua creencia popu-



gran, aunque indefinida, mancha blanca que le cubría casi todo el pecho. Cuando sintió mi contacto, inmediatamente se levantó, ronroneó fuertemente, se frotó contra mi mano y pareció gustarle mi atención. Esta era, entonces, la criatura que había estado buscando. Enseguida ofrecí comprárselo a quien pensé que era su dueño; pero esta persona no hizo ningún reclamo, no sabía nada del gato ni nunca antes lo había visto.

Continué acariciándolo y cuando me dispuse a volver a casa, el animal mostró disposición para acompañarme. Le permití que lo hiciera, deteniéndome ocasionalmente y dándole palmadas a medida que avanzaba. Cuando llegó a la casa se acostumbró a ella enseguida y se convirtió de inmediato en el preferido de mi mujer.

Por mi parte, pronto sentí desagrado por el animal. Era justo lo contrario a lo que había anticipado; pero —no se cómo ni por qué— su afecto evidente hacia mí me disgustaba e irritaba. Lentamente, estos sentimientos de desagrado y fastidio se incrementaron hasta convertirse en odio. Evitaba a la criatura; cierto sentido de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de

Y allí, en un frenesí de presunción, golpeé pesadamente con un bastón que sostenía en la mano, sobre el lugar exacto de la pared detrás de la cual se ocultaba el cadáver de mi amada esposa.

¡Qué Dios me proteja y me libre de la boca del archidemonio! ¡Tan pronto como el eco de mis golpes se hundió en silencio, una voz proveniente de la tumba me respondió! Un llanto, quebrado y sordo, como el sollozo de un niño y luego, creciendo rápidamente en un alarido fuerte, sonoro y continuo, totalmente extraño e inhumano —un aullido—, un chillido de lamento, mitad de horror y mitad de triunfo, como si proviniese del infierno, conjuntamente de las gargantas de los condenados en su agonía y de los demonios que disfrutaban de su condena.

Es ridículo hablar de mis pensamientos. Desvaneciéndome, me tambaleé hacia la pared opuesta. Durante un instante, la brigada permaneció inmóvil en la escalera, paralizada de terror y pavor. Al rato, una docena de brazos corpulentos comenzaron a trabajar sobre la pared. El cadáver, mayormente deteriorado y con coágulos de sangre, se erguía ante los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la boca roja abierta y el solitario ojo de fuego, estaba sentada la horrorosa bestia cuya astucia me había seducido a cometer el asesinato, y cuya voz delatora me había entregado al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!



LA MÁSCARA DE
LA MUERTE ROJA





de allí dentro. La abadía estaba ampliamente abastecida. Con semejantes precauciones, los cortesanos podían desafiar al contagio. El mundo exterior podía cuidarse a sí mismo. Mientras tanto, era absurdo apenarse o pensar en ello. El príncipe suministró todos los medios para el placer. Había bufones, improvisadores, bailarinas, músicos, belleza y vino. Todas estas cosas y la seguridad, estaban adentro. Afuera, estaba la “Muerte Roja”.

Cerca del final del quinto o sexto mes de reclusión, y cuando la peste bramaba más furiosamente en el exterior, el Príncipe Próspero entretuvo a sus mil amigos con un baile de máscaras de la más inusual magnificencia.

Aquel baile de máscaras representaba una escena voluptuosa. Pero primero, déjenme contarles acerca de las habitaciones en las cuales se llevaba a cabo. Eran siete, se trataba de una suite imperial. En muchos palacios, sin embargo, tales suites brindaban un panorama amplio y extenso, ya que las puertas plegables se repliegan hacia la pared de uno de los lados, de modo que apenas se impide la vista de la extensión total. Aquí el caso era muy distinto; como era de esperarse debido al amor que el



señada de tal manera que se asemejaba al semblante de un cadáver entumecido de tal manera que hasta el escrutinio más riguroso hubiese tenido dificultades para detectar el engaño. Y, sin embargo, todo esto podría haberse tolerado, sino aprobado, por los locos parranderos que estaban alrededor. Pero el cómico enmascarado había ido demasiado lejos como para asumir el rol de la Muerte Roja. Su vestidura estaba salpicada en sangre, y su amplia frente, con todas las facciones de la cara, estaba rociada por el horror escarlata.

Cuando la mirada del Príncipe Próspero cayó sobre esta imagen espectral (que con un movimiento lento y solemne, como si estuviera completamente poseído por su rol, avanzaba de un lado a otro entre los bailarines) se lo vio en un primer momento retorcerse como en una convulsión de terror o disgusto; pero, luego, su frente enrojeció de ira.

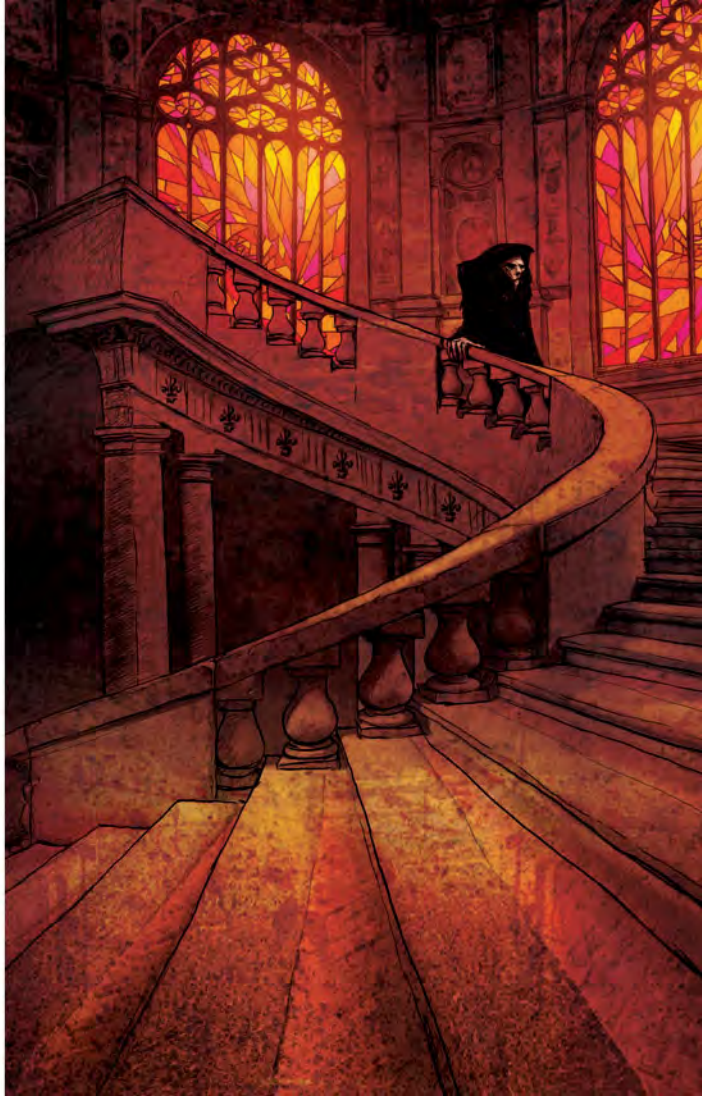
—¿Quién se atreve? —preguntó con voz quebrada a los cortesanos que estaban cerca suyo—. ¿Quién se atreve a insultarnos con esta broma blasfema? ¡Atrápenlo y desenmáscárenlo así sabremos a quién debemos colgar de las almenas al amanecer!

El Príncipe Próspero pronunció estas palabras desde la recámara Este o azul.



Se escuchó un grito agudo, y la daga cayó reluciente sobre la alfombra azabache sobre la cual, acto seguido, el Príncipe Próspero cayó muerto. Entonces, reuniendo el coraje salvaje de la desesperación, una multitud de parranderos se lanzó en la recámara negra y, apresando al enmascarado, cuya figura alta se erigía erecta e inmóvil dentro de la sombra del reloj de ébano, pronunció un grito ahogado al descubrir que las mortajas de la tumba y la máscara de cadáver que habían manipulado con tanta violencia, no contenía ninguna forma tangible.

De esta manera reconocieron la presencia de la Muerte Roja. Había ingresado como un ladrón por la noche. Y uno a uno los invitados fueron cayendo en los salones cubiertos de sangre, y cada uno murió en la posición desesperada de su caída. Y la vida del reloj de ébano se apagó con aquella última de la alegría. Y las llamas de los tripodes se extinguieron. Y la Oscuridad, la Decadencia y la Muerte Roja tuvieron dominio ilimitado sobre todo.



EL RETRATO
OVAL





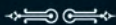
Lo que ahora veía ciertamente no podía ni debía dudarlo, porque el primer resplandor de las velas sobre el lienzo parecía disipar el estupor somnoliento que se escabullía por mis sentidos y me arrojaba de golpe a la vida despierta.

El retrato, ya lo he dicho, era de una muchacha joven. Representaba solo la cabeza y los hombros, realizado en lo que técnicamente se denomina el modo viñeta, muy similar al estilo de las cabezas favoritas de Sully. Los brazos, el busto e incluso las puntas del cabello radiante se fundían imperceptiblemente en la sombra vaga y difusa que formaba el fondo del conjunto. El marco era oval, dorado y afiligranado con estilo morisco. Como objeto de arte, nada podía ser más admirable que la pintura misma. Pero no podría haber sido ni la realización del trabajo, ni la belleza inmortal del semblante lo que me había conmovido tan repentina y vehementemente. Mucho menos podría haber sido que mi imaginación, sacudida en un semisueño, hubiese confundido la cabeza con la de una persona viva. Vi inmediatamente que las peculiaridades del diseño, de las viñetas y del marco deberían haber descartado ins-





SOMBRA,
UNA PARÁBOLA



tábamos las canciones de Anacreonte, llenas de locura, y bebíamos excesivamente, aunque el color púrpura del vino nos recordaba a la sangre. Había, sin embargo, otra persona en nuestra habitación, el joven Zoilo. Muerto y cubierto en una mortaja yacía el genio y demonio de la escena. ¡Ay, no participaba de nuestro regocijo! Pero su rostro, deformado por la plaga; y sus ojos, en los cuales la Muerte había apagado —a medias— el fuego de la peste, parecían interesarse en nuestra alegría, como tal vez los muertos se interesen en la alegría de los que están por morir. Sin embargo, yo, Oinos, sentía que la mirada del muerto estaba fija en mí. Por eso, me obligaba a contemplar las profundidades del espejo de ébano y cantaba a viva voz las canciones de los hijos de Teos, para no percibir la amargura de su expresión. Pero mis canciones fueron gradualmente deteniéndose y sus ecos perdiéndose entre las cortinas azabaches de la habitación. Se debilitaron, hasta volverse inaudibles y finalmente desaparecieron por completo. Y de aquellas tenebrosas cortinas donde se perdieron los sonidos de la canción, se vislumbró una sombra oscura e indefinida, una sombra como la que la luna,



